

**25 de octubre de 2026 – 30º Domingo del Tiempo
Ordinario (Ciclo A)**

Ex 22,20–26; 1 Tes 1,5c–10; Mt 22,34–40

INTRODUCCIÓN

Un viajero preguntó una vez a un anciano monje: «¿Cuál es la cosa más importante en la vida?». El monje no respondió de inmediato. En cambio, llevó al viajero a un pozo, sacó un cubo de agua y le ofreció de beber. El viajero, que tenía mucha sed, bebió profundamente. Entonces el monje sonrió y dijo: «Cuando tenías sed, nada era más importante que el agua. Cuando el alma tiene sed, nada es más importante que el amor».

Hoy Jesús nos dice qué es lo que más importa: amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente, y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Toda la vida cristiana comienza allí. La fe no consiste primero en normas o rituales, sino en una relación con el Dios que nos ha amado primero.

Cuando realmente descubrimos que somos amados por Dios, nuestro corazón comienza a cambiar. La oración se

vuelve más viva, la bondad se vuelve más natural, el perdón se vuelve más posible e incluso los actos ordinarios se convierten en signos de gracia. El amor es el «primer botón» que hace que todo lo demás encuentre su lugar.

Pero también sabemos que no siempre amamos como Cristo nos pide que amemos. No amamos a Dios con todo el corazón, no amamos a los demás con generosidad y, a veces, incluso nos cuesta aceptar el amor que Dios tiene por nosotros. Por eso, con corazón humilde, reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor su misericordia y su sanación.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú nos amaste antes de que aprendiéramos a amarte: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos enseñas que el mandamiento más grande es el amor: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos llamas a amar a nuestro prójimo con compasión y generosidad: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos amó primero y envió a su Hijo para revelarnos la plenitud del amor, perdone nuestros pecados, sane nuestros corazones heridos y nos conduzca a la alegría de la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque el amor de Dios brilla sobre nosotros en Cristo y nos llama a vivir como sus hijos amados, elevemos ahora nuestras voces en alabanza y cantemos:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuyo amor es el origen y la plenitud de todo mandamiento, derrama en nuestros corazones la gracia de permanecer cerca de Ti, para que, fortalecidos por tu misericordia, te amemos sobre todas las cosas y amemos a nuestros hermanos y hermanas con corazones generosos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una maestra pidió una vez a sus alumnos que escribieran cuál era la regla más importante para una vida feliz. Un niño escribió: «Di siempre la verdad». Otro escribió: «Trabaja duro». Un tercero escribió: «Sé amable». Pero un pequeño escribió simplemente: «Ama primero».

Cuando la maestra le preguntó qué quería decir, respondió: «Si amas primero, las demás cosas se vuelven más fáciles».

Aquel niño, sin darse cuenta, había comprendido el corazón del Evangelio de hoy.

Los fariseos hacen a Jesús una pregunta muy seria: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la Ley?». Jesús responde con unas palabras que todo judío conocía de memoria: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». Luego añade otro mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Y después dice algo sorprendente: «De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas».

Todo depende del amor.

Un sacerdote comparaba esto con abotonarse una camisa. Cuando era niño, muchas veces, por las prisas de la mañana, se abotonaba la camisa de manera incorrecta. Si el primer botón entraba en el ojal equivocado, todos los demás quedaban también mal colocados. La camisa quedaba torcida e incómoda. Su madre siempre le recordaba: «Fíjate bien en el primer botón. Si el primero está en su lugar, los demás también lo estarán».

Eso es exactamente lo que Jesús nos dice hoy. El amor es el «primer botón» de la vida cristiana. Cuando el amor está en su lugar, todo lo demás va encontrando poco a poco el suyo.

Sin amor, la religión se convierte en una carga. La oración se vuelve rutina. El culto se convierte en obligación. La moral se transforma en una ley fría. Pero cuando el amor está presente, la fe cobra vida.

Lo vemos incluso en la vida cotidiana. Un sacerdote hablaba de su hermano, que de niño era extremadamente desordenado. Nada funcionaba: ni los castigos, ni los consejos, ni las recompensas. Pero un día todo cambió.

Se enamoró profundamente. De repente, cada vez que su novia iba a visitarlo, su habitación estaba impecable. El amor logró lo que años de normas y presiones no habían conseguido.

El amor nos transforma.

Los santos comprendieron bien esta verdad. San Agustín dijo una vez: «Ama y haz lo que quieras». No quería decir que todo estuviera permitido. Quería decir que cuando el corazón ama verdaderamente a Dios, nuestras decisiones comienzan a orientarse por el camino correcto.

Pero aquí podemos hacernos una pregunta sincera: ¿cómo puede Jesús mandarnos amar? ¿Puede realmente ordenarse el amor?

Una madre no puede obligar a su hijo a amarla. Un esposo no puede exigir cariño a su esposa. El amor no puede encenderse simplemente como una lámpara.

Por eso san Juan nos da la clave: «Nosotros amamos porque Él nos amó primero». El cristianismo no comienza con nuestro amor a Dios. Comienza con el amor de Dios hacia nosotros.

Muchas personas piensan que la santidad consiste en esforzarse más. Pero el Evangelio nos enseña algo más profundo: la santidad comienza cuando permitimos que Dios nos ame.

Había una vez una joven que había dejado de ir a la iglesia. Su madre estaba preocupada y pidió a un sacerdote que hablara con ella. Tiempo después, la muchacha participó en un retiro juvenil donde experimentó de manera profunda el amor de Cristo. Desde entonces comenzó a asistir a la Misa casi todos los días. Antes, la celebración dominical le parecía aburrida y sin sentido. Ahora se había convertido en un encuentro con Alguien a quien amaba.

La diferencia no era la obligación. La diferencia era el encuentro.

Algo parecido ocurrió durante una preparación para la Primera Comunión. El sacerdote animó a los niños a rezar cada día: «Jesús, te amo». Un pequeño se sintió incómodo y dijo con lágrimas en los ojos: «No puedo decir eso. Realmente no conozco a Jesús. ¿Cómo puedo

amarlo?».

El sacerdote le respondió sabiamente: «Entonces reza esto cada noche durante una semana: “Jesús, gracias por amarme”».

Tres días después, el niño llegó corriendo a la casa del sacerdote y le dijo lleno de alegría: «¡Ahora yo también puedo amar a Jesús!».

Ése es el secreto de la vida espiritual. Cuanto más descubrimos que Dios nos ama, más crece el amor dentro de nosotros.

Una antigua reflexión cristiana dice que el corazón humano es como una esponja seca. Puedes apretar una esponja seca con todas tus fuerzas, pero no saldrá agua. Sin embargo, si la sumerges en agua y la dejas empaparse profundamente, el agua brotará con facilidad. Del mismo modo, un corazón reseco por el miedo, la ira, el egoísmo o la decepción no puede producir amor por sí solo. Primero debe sumergirse en el amor de Dios. Y quizá ésa sea la verdadera crisis de nuestro mundo actual. Estamos rodeados de logros, tecnología e

información, pero muchos corazones están hambrientos de amor. Las personas están conectadas digitalmente, pero solas espiritualmente. Las familias viven bajo el mismo techo, pero apenas hablan entre sí. Las naciones se vuelven más ricas, pero las sociedades más frías. En medio de este mundo, Jesús proclama el mandamiento más antiguo y más nuevo: «Ama a Dios. Ama a tu prójimo».

La primera lectura nos recuerda que este amor no es un simple sentimiento. Se hace concreto en la manera en que tratamos a los más vulnerables: al extranjero, a la viuda, al huérfano y al pobre. El amor a Dios no puede separarse de la compasión hacia las personas.

Y Jesús añade otra frase desafiante: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». A veces olvidamos la última parte. Muchas personas son incapaces de amar a los demás porque, en el fondo, se desprecian a sí mismas. Llevan heridas, remordimientos, culpas o vergüenzas. Pero Dios no nos mira con desprecio. Nos mira con misericordia. Un hombre visitó una vez un antiguo monasterio en busca

de consejo. Le dijo al monje: «He fracasado muchas veces en la vida. No creo que Dios pueda amar a alguien como yo». El anciano monje, sin decir palabra, le entregó una taza de barro agrietada y vertió té en ella. El hombre lo miró confundido. Entonces el monje sonrió y dijo: «¿Ves? Incluso las tazas agrietadas pueden contener té. Y los corazones heridos todavía pueden contener la gracia». Ésa es la Buena Nueva del Evangelio.

Dios no espera a que seamos perfectos para amarnos. Nos ama primero. Y ese amor nos transforma lentamente. Por eso hoy Jesús nos pide una sola cosa: comienza por el primer botón. Déjate amar por Dios. Dedica tiempo a estar con Él. Háblale con sinceridad. Permanece cerca de Él en la oración, en la Sagrada Escritura y en la Eucaristía. Y desde ese amor, deja que la bondad se derrame sobre tu familia, tu lugar de trabajo, tu parroquia e incluso sobre las personas difíciles.

Para terminar, una última historia: durante un apagón en un pequeño pueblo, una anciana encendió una vela y la colocó en su ventana. Pronto los vecinos comenzaron a

encender sus propias velas con la llama de aquella primera. Una luz se convirtió en muchas. La oscuridad no desapareció de inmediato, pero poco a poco el pueblo entero comenzó a iluminarse.

Eso es lo que debe ser el amor cristiano. Nosotros no creamos la luz. La recibimos de Cristo. Y luego la compartimos con los demás.

«Amarás al Señor tu Dios... y amarás a tu prójimo como a ti mismo». De esto depende todo. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos en el amor de Dios
y confiando en la fe que la Iglesia nos ha transmitido,
profesemos ahora juntos nuestra fe.

CREDO (para meditación personal)

Creo en Dios, Padre de amor,
que creó todo corazón humano
para vivir en comunión con Él.

Creo en Jesucristo, su Hijo, nuestro Señor,
que reveló que el mandamiento más grande
es amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente,
y amar al prójimo como a nosotros mismos.

Con su vida, muerte y resurrección,
nos mostró que somos amados primero por Dios
y llamados a ser luz para los demás.

Creo en el Espíritu Santo, que derrama el amor de Dios en
nuestros corazones, sana lo que está herido en nuestro
interior y nos fortalece para perdonar, servir y amar
generosamente.

Creo en la Iglesia, llamada a ser signo vivo de la
compasión de Dios en el mundo;
en la comunión de los santos, que nos enseñan con su
vida que la santidad comienza con el amor;
en el perdón de los pecados,
que nos restaura cada vez que dejamos de amar;
en la resurrección de la carne y en la vida eterna,
donde el amor alcanzará su plenitud en Dios para siempre.
Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Reunidos en el amor de Cristo
y deseando vivir con mayor fidelidad el mandamiento
principal, presentemos nuestros dones al Señor y oremos
para que este sacrificio, mío y vuestro,
sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que ponemos ante Ti
como signos de nuestra gratitud y de nuestro amor.
Que esta ofrenda profundice nuestra comunión contigo
y nos enseñe a reflejar tu compasión
en todas nuestras relaciones con los demás.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y
salvación darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu amor infinito nos creaste a tu imagen
y nunca dejaste de llamarnos para volver a Ti.

Cuando nuestros corazones se alejaron de tu presencia,
enviaste a tu Hijo Jesucristo
para revelarnos la plenitud de tu misericordia
y enseñarnos que el mandamiento más grande
es amarte con todo el corazón
y amarnos unos a otros como Tú nos has amado.
Por Él, sanas los corazones heridos,
fortaleces a los débiles
y llenas a tu pueblo con el fuego de la caridad divina.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y las dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:
Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Porque somos hijos profundamente amados por Dios
y llamados a compartir ese amor unos con otros,
nos atrevemos a decir con confianza las palabras que
Jesús mismo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente del egoísmo, del resentimiento y del miedo
que nos impiden amar como Cristo nos ha amado.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú nos enseñaste que el amor a Dios y
al prójimo es el corazón del Evangelio.

No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad
conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que nos amó primero
y se nos entrega como Pan de Vida.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, tu amor alcanza los lugares rotos y escondidos de
nuestro corazón. Nos recuerdas que incluso los corazones
agrietados pueden contener tu gracia. Permanece con
nosotros ahora, para que el amor que recibimos en este
altar se convierta en luz para los demás en un mundo
tantas veces oscurecido por la soledad y el temor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la acción de este don celestial, Señor,
nos transforme cada vez más en la imagen de Cristo,
para que, alimentados con su Cuerpo y su Sangre,
perseveremos en el amor a Ti
y en el servicio generoso a nuestros hermanos y
hermanas. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor llene sus corazones con su amor,
les enseñe a reconocer su presencia cada día
y los convierta en signos de su compasión en el mundo.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al amarlo sobre
todas las cosas y sirviéndose unos a otros con corazones
generosos.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«El amor es el primer botón de la vida cristiana.
Cuando permanecemos arraigados en el amor de Dios,
todo lo demás poco a poco encuentra su lugar.»

26 de octubre de 2026 – Lunes, 30.^a Semana del

Tiempo Ordinario: Ef 4,32–5,8; Lc 13,10–17

*De estar encorvados a permanecer erguidos bajo la
mirada liberadora de Dios*

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un joven aprendiz en un taller que
pasaba la mayor parte del día mirando hacia abajo:
limando, puliendo y reparando pequeñas piezas. Un día,
su maestro lo detuvo y le dijo: «Arruinarás tu oficio si
nunca levantas la cabeza. Debes aprender no solo a ver lo
que tienes en las manos, sino también lo que está delante
de ti». El aprendiz comprendió que, por estar siempre
mirando hacia abajo, se estaba perdiendo la visión más
amplia de su trabajo.

De manera semejante, nosotros podemos pasar por la
vida encorvados, no solo físicamente, sino también
interiormente, absorbidos por las preocupaciones, las
rutinas o incluso nuestras propias certezas. Nos
concentramos en lo inmediato y urgente, y dejamos de
percibir lo que Dios está realizando silenciosamente a

nuestro alrededor y dentro de nosotros.

Las Escrituras de hoy nos invitan a levantar la mirada. Nos revelan a un Dios que se fija en nosotros incluso cuando nosotros no nos fijamos en Él; un Dios que nos llama incluso antes de que pensemos en invocarlo; un Dios que desea levantarnos para que vivamos en plenitud.

Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos las veces en que hemos permanecido encorvados por el pecado, por la indiferencia o por nuestra ceguera ante la presencia de Dios. Pidamos al Señor su misericordia para que podamos presentarnos erguidos ante Él con corazones abiertos y disponibles.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú nos ves en nuestra debilidad y nos llamas a tu presencia sanadora: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú tocas todo aquello que está encorvado dentro de nosotros y nos elevas a la libertad de los hijos de Dios: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos conduces a caminar como hijos de la luz y a alegrarnos en tu gracia: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos permanecido encorvados bajo el peso del pecado, del miedo y de la dureza de corazón; nos levante a la libertad y a la alegría de su luz, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nunca dejas de mirar con compasión a tu pueblo y que levantas a quienes están agobiados por el pecado y el sufrimiento, concédenos acoger el toque sanador de tu Hijo y vivir siempre como hijos de la luz, dispuestos a glorificarte con corazones rectos y agradecidos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre había pasado muchos años enfrentando dificultades económicas, problemas familiares y numerosas decepciones. Poco a poco comenzó a encerrarse en sí mismo, convencido de que nadie comprendía su situación. Un día aceptó la invitación de un vecino para ayudar en un comedor comunitario. Mientras servía los alimentos, una anciana lo miró a los ojos y le dijo con una sonrisa sincera: «Gracias por estar aquí». Más tarde confesó: «Fue en ese momento cuando sentí que algo dentro de mí volvía a levantarse». A veces, lo que nos ayuda a ponernos de pie comienza simplemente cuando alguien nos ve y nos valora.

En el Evangelio de hoy, Jesús se fija en una mujer que llevaba dieciocho años encorvada. Ella no se acerca a Él. No grita pidiendo ayuda. Es Jesús quien la ve, quien la llama y quien extiende su mano hacia ella. Antes de que ella pronuncie una palabra, ya ha sido vista y ya es amada.

Este es el primer movimiento de la gracia: Dios nos ve antes de que nosotros lo veamos a Él. Con frecuencia imaginamos que todo depende de nuestra iniciativa, de nuestra oración, de nuestro esfuerzo o de nuestra búsqueda. Sin embargo, el Evangelio nos revela una verdad diferente: Dios es siempre el primero en actuar. Él nos mira en nuestra debilidad, en nuestras cargas y en nuestras luchas ocultas, y nos llama por nuestro nombre. La mujer responde. Se acerca. Permite que Jesús la toque. E inmediatamente queda erguida. Su respuesta es sencilla y profunda: glorifica a Dios. Cuando permitimos que el Señor toque aquello que está encorvado dentro de nosotros, la alabanza se convierte en el lenguaje natural del corazón.

Pero el Evangelio también nos presenta un fuerte contraste. El jefe de la sinagoga no ve lo que Jesús ve. Se indigna. Está tan concentrado en las normas y en el orden establecido que no percibe el milagro que se desarrolla ante sus ojos. Mientras la mujer permanece erguida en libertad, él continúa interiormente encorvado, atrapado en

la rigidez e incapaz de alegrarse.

Este contraste atraviesa todas las generaciones. La misma acción de Dios puede llevar a una persona a la alabanza y a otra a la resistencia. Mucho depende de la disposición del corazón. Un corazón consciente de su necesidad permanece abierto a la obra de Dios; un corazón demasiado seguro de sí mismo puede volverse ciego ante la gracia.

San Pablo, en la primera lectura, nos exhorta a vivir como hijos de la luz, guiados por el Espíritu y no por nuestros impulsos limitados. Vivir en la luz significa desarrollar el arte de saber reconocer; descubrir dónde está actuando Dios, muchas veces de maneras inesperadas, más allá de nuestras expectativas y categorías.

Todos sabemos lo que significa sentirse encorvados en ciertos momentos: por la ansiedad, la decepción, la culpa o el cansancio. El Evangelio nos asegura que no existe ningún momento en que el Señor no esté dispuesto a actuar. No existe un «día equivocado» para la gracia. Incluso en los lugares y momentos menos esperados,

Cristo continúa su obra de levantar, sanar y restaurar.

La Eucaristía que celebramos ahora es precisamente uno de esos momentos. Aquí el Señor nos ve, nos llama y extiende su mano hacia nosotros. Si se lo permitimos, enderezará suavemente aquello que está torcido dentro de nosotros, para que, como la mujer del Evangelio, también nosotros podamos permanecer erguidos y glorificar a Dios con nuestra vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, por medio del cual el Señor nos eleva de nuestra debilidad a la libertad de su gracia, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe estos dones que presentamos ante Ti y, por medio de esta santa ofrenda, sana lo que está herido dentro de nosotros, fortalece lo que se ha debilitado y eleva nuestros corazones para vivir siempre en la luz de Cristo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu misericordia nunca dejas de buscar a tu pueblo.

Miras con amor a quienes están cargados por la debilidad y el pecado, y por medio de tu Hijo los llamas a la libertad y a la vida.

En Cristo, los encorvados son levantados, los cansados son restaurados, y quienes viven atrapados en las tinieblas son conducidos a la luz de la gracia.

Por Él nos enseñas a reconocer tu presencia en los silenciosos gestos de sanación, misericordia y compasión, para que, permaneciendo erguidos ante Ti con corazones agradecidos, glorifiquemos tu santo nombre.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos en torno al Señor que nos ve en nuestra debilidad, sana lo que está encorvado dentro de nosotros y nos eleva a la libertad de sus hijos, oremos con confianza al Padre con las palabras que el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y libéranos de todo aquello que mantiene nuestros corazones encorvados por el miedo, el pecado y el desaliento.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por la ayuda de tu misericordia, permanezcamos firmes en la esperanza y vivamos siempre como hijos de la luz, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú miraste con compasión a la mujer que sufría y la llamaste a la libertad y a la paz.

Mira hoy a tu Iglesia y sana todo aquello que nos mantiene divididos, temerosos o endurecidos de corazón.

Concédenos la paz que nace de confiar en tu presencia amorosa y haz de nosotros instrumentos de tu sanación en el mundo.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos ve en nuestra debilidad, nos llama hacia sí y nos eleva a la libertad de los hijos de Dios.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor nos ha mirado una vez más con amor.

En esta Eucaristía, Cristo se ha acercado a todo lo que es frágil y está cargado de peso dentro de nosotros.

No nos deja encorvados bajo el miedo o el cansancio,

sino que nos eleva suavemente hacia su luz.

Que salgamos de esta celebración permaneciendo firmes en la fe, dispuestos a glorificar a Dios mediante una vida de gratitud, compasión y esperanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios nuestro, por este santo sacramento nos has alimentado con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo. Que esta Eucaristía continúe en nosotros la obra de tu gracia sanadora, levantando nuestros corazones de todo aquello que nos agobia y enseñándonos a caminar siempre como hijos de la luz.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que ve vuestra debilidad, os fortalezca y os restaure. Amén.

Que Cristo levante con suavidad todo aquello que está encorvado en vuestro corazón y os llene de su paz. Amén.

Que el Espíritu Santo os ayude a caminar siempre como hijos de la luz y testigos de la misericordia de Dios. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida que permanezca erguida en su gracia.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La gracia suele comenzar silenciosamente: el Señor se fija en nosotros, nos llama y levanta con ternura aquello que está encorvado dentro de nosotros. Un corazón abierto a su toque siempre encontrará una nueva razón para ponerse de pie y glorificar a Dios.

27 de octubre de 2026 – Martes de la 30.ª Semana del Tiempo Ordinario

Ef 5,21–33; Lc 13,18–21

«El Reino de Dios crece silenciosamente a partir de las pequeñas semillas que le confiamos.»

INTRODUCCIÓN

Un maestro entregó una vez a cada estudiante una semilla diminuta, casi invisible, y les pidió que la cuidaran. Muchos la despreciaron porque parecía demasiado pequeña para tener importancia. Sin embargo, un estudiante la regó pacientemente día tras día y, con el tiempo, se convirtió en una planta frondosa que llenó de vida todo el salón de clases. Lo que parecía insignificante llevaba dentro de sí una promesa oculta de crecimiento.

Vivimos en un mundo que valora el éxito rápido, los logros visibles y los resultados espectaculares. Podemos desanimarnos fácilmente cuando nuestros esfuerzos parecen pequeños o pasan desapercibidos. La fidelidad silenciosa con frecuencia parece carecer de importancia a los ojos del mundo.

Sin embargo, las Escrituras de hoy nos recuerdan que el Reino de Dios crece de una manera diferente. Como el grano de mostaza y la levadura, Dios obra silenciosa y pacientemente a través de lo pequeño, lo escondido y lo ordinario. Su gracia transforma los corazones poco a poco, muchas veces más allá de lo que podemos ver de inmediato.

Al comenzar esta Eucaristía, reconozcamos las veces en que hemos dudado del poder de la obra silenciosa de Dios dentro de nosotros y a nuestro alrededor. Pidamos al Señor que nos perdone por nuestra impaciencia, por nuestra falta de confianza y por no sembrar semillas de bondad con fe y esperanza.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú siembras la semilla de tu Reino en los corazones humildes y fieles: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú transformas silenciosamente nuestras vidas mediante el poder oculto de tu gracia:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos llamas a confiar en que ningún acto de amor se pierde jamás: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que cultiva pacientemente las más pequeñas semillas de bondad dentro de nosotros, perdone nuestros pecados, fortalezca nuestra fe y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que revelas el poder de tu Reino a través de comienzos humildes y de un crecimiento oculto, enséñanos a confiar en la obra silenciosa de tu gracia y a perseverar fielmente en cada pequeño acto de amor y de servicio.

Haz que nuestras vidas sean fecundas ante tus ojos y den testimonio del poder transformador de tu Espíritu. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un anciano jardinero acostumbraba plantar flores en los espacios vacíos de su vecindario. Durante mucho tiempo, nadie parecía darse cuenta de su trabajo. Algunos incluso pensaban que estaba perdiendo el tiempo. Sin embargo, con el paso de los años, aquellos pequeños jardines transformaron el aspecto del barrio. Las personas comenzaron a reunirse allí, los niños jugaban entre las flores y el lugar se volvió más acogedor para todos. Lo que parecía un esfuerzo insignificante terminó dando vida y alegría a muchas personas.

Jesús habla en el Evangelio de hoy de comienzos escondidos como estos: el grano de mostaza y la levadura. Ambos son pequeños, casi imperceptibles, pero ambos llevan dentro de sí una fuerza mucho mayor que su tamaño. La semilla se convierte en árbol; la levadura transforma toda la masa. Así es, dice Jesús, el Reino de Dios.

San Pablo, en la primera lectura, nos recuerda que todavía no hemos alcanzado la plenitud de la salvación.

Poseemos las primicias del Espíritu, pero algo mucho más grande continúa desarrollándose. Hay una obra silenciosa y constante de Dios dentro de nosotros, una obra que aún no ha terminado. En un sentido muy real, seguimos creciendo.

Esto puede ser al mismo tiempo consolador y desafiante. Es consolador porque significa que Dios aún no ha terminado su obra en nosotros. Incluso cuando nos sentimos pequeños, débiles o poco productivos, su gracia sigue actuando. Pero también es desafiante porque nos invita a confiar en un proceso que no podemos ver ni controlar completamente.

Con frecuencia queremos resultados inmediatos. Deseamos que nuestros esfuerzos produzcan éxitos claros y rápidos. Sin embargo, el Reino de Dios normalmente no llega mediante manifestaciones espectaculares. Crece silenciosamente: a través de la fidelidad diaria, de pequeños actos de bondad, de la perseverancia discreta y de sacrificios que nadie ve.

Una palabra amable pronunciada en el momento oportuno, un pequeño gesto de perdón, una oración ofrecida en secreto con fe: todo esto puede parecer insignificante. Pero en las manos de Dios se convierte en semilla y levadura. Lleva consigo una fuerza que va mucho más allá de lo que podemos medir.

Jesús mismo vivió de esta manera. No edificó su Reino mediante el espectáculo, sino mediante encuentros ordinarios: tocando a los enfermos, hablando con los olvidados y compartiendo la mesa con los pecadores. Esos momentos sencillos y personales se convirtieron en las semillas de un Reino que continúa creciendo aún hoy.

También nosotros estamos invitados a hacer lo mismo: sembrar semillas de bondad en los momentos ordinarios de nuestra vida, confiar en que Dios está actuando incluso cuando no vemos resultados y creer que nada de lo que se hace con amor se pierde jamás.

Una mujer comenzó a dejar pequeñas porciones de comida frente a su casa para cualquier persona

necesitada. Nunca conoció a la mayoría de quienes las recibían. Años después, alguien le contó que aquellas sencillas ofrendas habían ayudado a muchas personas a superar momentos difíciles. Ella simplemente había hecho lo que estaba a su alcance, sin saber hasta dónde llegarían sus gestos. Como el grano de mostaza y la levadura, su pequeña acción llegó a formar parte de algo mucho más grande.

Por eso seguimos nuestro camino de fe, confiando en que el Reino de Dios está creciendo silenciosa y pacientemente a través de cada pequeño acto que ponemos en sus manos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, como semillas puestas en las manos de Dios, lleguen a ser fuente de gracia y de vida para el crecimiento de su Reino, y para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe estas ofrendas que ponemos ante ti
con corazones humildes y confiados.

Así como el grano de mostaza crece hasta convertirse en
árbol y la levadura transforma toda la masa,
haz que tu gracia actúe poderosamente dentro de
nosotros por medio de este sacrificio eucarístico,
para que nuestras vidas produzcan frutos duraderos
para la venida de tu Reino. Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría y en tu amor
revelas la grandeza de tu poder
a través de lo humilde y lo pequeño.

Tú siembras la semilla de tu Reino
en los momentos ordinarios de la vida humana,
y mediante la acción escondida de tu gracia
haces brotar una cosecha que supera toda expectativa.
Por medio de tu Hijo, Jesucristo,
nos enseñaste a confiar en el crecimiento silencioso de la
fe, en las obras de misericordia que el mundo no ve,
y en el amor que transforma poco a poco los corazones.
En Él, las pequeñas semillas de bondad se convierten en
signos de tu Reino ya presente entre nosotros.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre que
hace crecer pacientemente su Reino dentro de nosotros:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, confiando en el poder silencioso de tu gracia, perseveremos fielmente sembrando semillas de amor, misericordia y esperanza hasta que tu Reino alcance su plenitud. Con la ayuda de tu misericordia, manténnos libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
Tú nos enseñaste que tu Reino crece mediante el amor humilde y la confianza paciente.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad de acuerdo con tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, el que transforma silenciosamente nuestros corazones y alimenta el crecimiento del Reino de Dios dentro de nosotros. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Reino de Dios con frecuencia crece en silencio. Como las semillas escondidas bajo la tierra, la gracia de Dios continúa realizando su obra oculta dentro de nosotros. La Eucaristía que hemos recibido hoy fortalece cada pequeño acto de amor, cada sacrificio silencioso y cada paso fiel de nuestro camino. Nada de lo que se confía a Dios se pierde jamás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este Sacramento celestial, Señor, nos fortalezca en la perseverancia fiel, para que, alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sigamos sembrando semillas de bondad, confiando en que Tú las llevarás a su plenitud en tu Reino. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y les enseñe a confiar
en la obra silenciosa de su gracia en sus vidas. Amén.

Que Él los fortalezca para perseverar fielmente
en cada pequeño acto de amor y de bondad. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al confiar en el
crecimiento silencioso de su Reino mediante sus actos
diarios de fe y de amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El Reino de Dios rara vez crece por medio de lo
espectacular o impresionante. Crece silenciosamente a
través de pequeños actos realizados con amor, fe y
perseverancia. Nunca subestimes lo que Dios puede hacer
con aquello poco que pones en sus manos.

**28 de octubre de 2026 – Miércoles, 30.^a Semana del
Tiempo Ordinario**

(Santos Simón y Judas, Apóstoles – Fiesta)

Ef 2,19–22; Lc 6,12–16

Elegidos en la oración, enviados en el amor

INTRODUCCIÓN

Había una vez un jardinero experto al que le preguntaron
cómo escogía las semillas adecuadas para un gran jardín.
Él respondió: «No comienzo con las semillas; comienzo
observando la tierra. Solo después de escuchar lo que la
tierra necesita sé qué debe sembrarse en cada lugar».
Para otros, las semillas parecían iguales, pero él veía que
cada una tenía un lugar especial dentro de un diseño más
grande.

En la fiesta que celebramos hoy, vemos algo semejante en
la manera en que Jesús elige a sus apóstoles. Antes de
escoger a los Doce, pasa toda la noche en oración. Desde
esa profunda comunión con el Padre, llama a cada uno
por su nombre: Simón el Zelote, Judas hijo de Santiago y
los demás; hombres sencillos, pero escogidos para una

misión extraordinaria. Lo que llama la atención es que estos hombres no eran perfectos ni estaban completamente formados. Uno lo traicionaría y otros le fallarían. Sin embargo, Jesús los eligió de todos modos, no porque fueran impecables, sino porque formaban parte del plan de Dios. Sus elecciones no nacieron de cálculos humanos, sino de una confianza filial y orante en el Padre. También nosotros hemos sido elegidos y llamados, aunque muchas veces nos sintamos tan ordinarios como aquellas semillas. Al reunirnos ahora, presentamos ante el Señor nuestras faltas y nuestras debilidades por no haber vivido plenamente nuestra vocación. Pidámosle perdón por las veces en que hemos resistido su voluntad y abramos nuevamente nuestro corazón para dejarnos moldear por su gracia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, que pasaste la noche en oración antes de llamar a tus apóstoles y enseñarles el camino del amor: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que eliges a personas sencillas y las conviertes en piedras vivas de tu santa Iglesia:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que nos envías al mundo como luces fieles para quienes buscan esperanza y verdad:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor misericordioso perdone nuestra falta de atención a su voz en la oración, excuse las veces en que nuestro celo estuvo falto de amor y nos fortalezca para vivir fielmente como piedras vivas en su Iglesia; y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Glorifiquemos ahora a Dios, que llamó a los santos apóstoles Simón y Judas para anunciar el Evangelio al mundo entero, y unamos nuestras voces a la alabanza de la Iglesia diciendo:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que edificaste tu Iglesia sobre el fundamento de los Apóstoles Simón y Judas, concédenos, por su intercesión, permanecer fieles a la vocación que hemos recibido, para que nuestra vida, arraigada en la oración y modelada por el amor, sea una luz que conduzca a otros hacia ti.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un pequeño pueblo donde un maestro mantenía encendida cada noche una lámpara en la ventana de su casa. Cuando le preguntaban por qué lo hacía, respondía: «Es una señal para que quien esté perdido sepa que todavía puede encontrar el camino». Con el paso del tiempo, la gente comenzó a confiar en aquella luz, no porque fuera muy brillante, sino porque nunca dejaba de estar allí.

En el Evangelio de hoy, Jesús llama a los Doce para que sean luces semejantes en medio del mundo. Pero antes de llamarlos, ora. Pasa toda la noche en comunión con el Padre. Este detalle es importante porque nos muestra que la misión de los apóstoles no nace de estrategias humanas ni de criterios de eficacia, sino de una relación profunda con Dios.

Entre los elegidos están Simón el Zelote y Judas.

Sabemos muy poco acerca de ellos, y quizá precisamente ahí está la enseñanza. El Reino de Dios muchas veces no se construye sobre los famosos o los influyentes, sino sobre las personas fieles. Simón, que antes había sido un apasionado defensor de la Ley, aprende a orientar su entusiasmo hacia el amor a Cristo. Judas, frecuentemente eclipsado por el nombre de otro Judas, permanece como un testigo silencioso pero constante.

Sus vidas nos recuerdan que el entusiasmo por sí solo no basta. El celo puede volverse destructivo cuando está impulsado por el egoísmo o por el miedo. Pero cuando está arraigado en Cristo, se convierte en una fuerza

creadora y llena de vida. El celo de los apóstoles se transforma en pasión por la compasión, por la verdad y por llevar el Evangelio más allá de todas las fronteras.

En la primera lectura, san Pablo habla de la Iglesia como de un edificio «edificado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús la piedra angular». Simón y Judas forman parte de ese fundamento. Aunque permanezcan ocultos a nuestros ojos, sostienen algo mucho más grande que ellos mismos.

Esta es también nuestra vocación. Quizás no seamos apóstoles de la misma manera que ellos, pero sí somos piedras vivas de esa misma casa espiritual. Cada uno tiene un lugar, una misión y una llamada que no nace de nuestros propios planes, sino del amoroso designio de Dios. Y, al igual que Jesús, descubrimos esa llamada con mayor claridad en la oración.

La oración no garantiza que todo resulte fácil. Incluso después de una noche entera de oración, Jesús eligió a Judas, quien más tarde lo traicionaría. Sin embargo, la oración garantiza que incluso nuestros caminos rotos

puedan ser integrados en el plan de Dios. Nos mantiene unidos a Aquel que es capaz de sacar bien de toda circunstancia.

«En un mundo que con frecuencia confunde el ruido con el propósito, la fiesta de hoy nos invita a volver a la búsqueda silenciosa de Dios.»

Nos invita a ser personas cuyas acciones broten de la oración, cuyo celo esté modelado por el amor y cuyas vidas, aunque parezcan ocultas, lleguen a formar parte de algo que perdura para siempre.

Hay otra historia sobre un viajero que, perdido en la oscuridad, divisó pequeñas luces titilando en una colina lejana. A medida que se acercaba, descubrió que eran lámparas encendidas en hogares sencillos. Ninguna parecía importante por sí sola, pero juntas marcaban un sendero que lo condujo con seguridad hasta el pueblo. Así sucede con los apóstoles y así sucede también con nosotros: pequeñas luces, elegidas en la oración y enviadas en el amor, ayudando a otros a encontrar el camino de regreso al hogar del Padre.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con corazones arraigados en la oración y en el amor, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe las oraciones y ofrendas de tu pueblo al celebrar la fiesta de los santos Simón y Judas. Que este sacrificio profundice nuestra comunión contigo, para que nuestro celo sea purificado por el amor y nuestras vidas se conviertan en signos firmes de esperanza para el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro. Porque llamaste a los Apóstoles no por su grandeza, sino porque en tu sabiduría y amor quisiste convertirlos en

fundamentos vivos de tu Iglesia.

Después de pasar la noche en oración, tu Hijo eligió a Simón y a Judas y los envió como fieles testigos del Evangelio.

Por medio de sus vidas ocultas pero firmes, nos muestras que tu Reino crece a través de corazones formados en la oración y el servicio.

Su celo, purificado por el amor de Cristo, se convirtió en una luz para quienes buscaban el camino de regreso al hogar, y por medio de su testimonio tu Iglesia continúa brillando en cada generación.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, la enseñanza de Aquel que nos llama en la oración y nos envía en el amor, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y libéranos del ruido y del temor
que nos impiden escuchar tu voz.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos
por tu misericordia, seamos luces fieles para los demás
y piedras vivas y firmes en tu Iglesia, mientras esperamos
la gloriosa Venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que llamaste a tus apóstoles después de
una noche de oración y los enviaste a llevar tu paz al
mundo, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe
de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la
unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que llama a personas sencillas
a participar en su obra Salvadora y las convierte en
piedras vivas de su Reino. Dichosos los invitados a la
cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Los apóstoles no fueron elegidos porque fueran
extraordinarios, sino porque estuvieron dispuestos a
permanecer cerca de Cristo. La oración formó sus
corazones y el amor dio dirección a su celo. En esta
Eucaristía, el Señor se acerca a nosotros de la misma
manera. Él fortalece la pequeña luz que hay en nuestro
interior para que, juntos, podamos ayudar a otros a
encontrar el camino de regreso al hogar. Aunque nuestra
vida parezca escondida, en las manos de Dios se
convierte en parte de algo duradero y santo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido este sacramento, Señor,
te suplicamos humildemente
que, por la intercesión de los Apóstoles Simón y Judas,
nos fortalezcas en la oración, nos mantengas fieles en el
amor y hagas de nuestras vidas signos permanentes de tu
presencia en el mundo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que llamó a los Apóstoles Simón y Judas, los fortalezca para buscar su voluntad en la oración y servirle con corazones llenos de amor. Amén.

Que Cristo, piedra angular de la Iglesia, los convierta en piedras vivas y firmes de su pueblo santo y en luces fieles para quienes buscan el camino. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida arraigada en la oración, modelada por el amor y fiel en el servicio.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Las pequeñas luces que permanecen encendidas con fidelidad pueden guiar a otros en medio de la oscuridad. Cuando nuestra vida brota de la oración y está modelada por el amor, Dios utiliza incluso nuestra fidelidad escondida para ayudar a otros a encontrar el camino de regreso a casa.

**29 de octubre de 2026 – Jueves de la 30.^a Semana del
Tiempo Ordinario**

Flp 1,1–11; Lc 13,31–35

*«Hoy, mañana y pasado mañana debo seguir mi camino...
bajo sus alas.»*

INTRODUCCIÓN

Una vez, un viajero se perdió en un bosque espeso cuando comenzaba a caer la noche. Lleno de miedo y confusión, intentó seguir muchos senderos, pero ninguno lo sacaba de allí. Finalmente, se detuvo, escuchó con atención y oyó el suave murmullo de un arroyo. Confiando en aquel sonido tranquilo, lo siguió lentamente hasta que lo condujo con seguridad fuera de la oscuridad.

Nuestra vida puede parecerse muchas veces a ese bosque. Nos enfrentamos a incertidumbres, temores y decisiones que nos dejan inquietos. Muchas voces compiten por nuestra atención, pero Dios continúa llamándonos suavemente hacia el camino que conduce a la vida.

El Evangelio de hoy nos recuerda que Jesús mismo recorrió un camino difícil con valentía y fidelidad. Continuó avanzando hacia Jerusalén, no porque el camino fuera fácil, sino porque confiaba plenamente en el Padre. Al mismo tiempo, anhelaba reunir a su pueblo bajo sus alas protectoras.

Al comenzar esta Eucaristía, preguntémonos dónde hemos resistido la llamada de Dios, dónde hemos rechazado su protección o nos hemos apartado del camino que nos invita a seguir. Con corazón humilde, busquemos su misericordia en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos reúnes bajo el refugio de tus alas compasivas: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú permaneces fiel incluso cuando el camino pasa por el sufrimiento y el rechazo: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos fortaleces para seguir caminando en la fe hoy, mañana y pasado mañana: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nunca deja de llamarnos para que volvamos al refugio de su amor, perdone nuestros pecados, nos fortalezca cuando nos sintamos cansados o temerosos y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que concediste a tu Hijo el valor para recorrer fielmente el camino que habías puesto delante de él y la ternura para reunir a tu pueblo bajo sus alas protectoras, concédenos la gracia de confiar en ti en los momentos de miedo, de perseverar en la fe en medio de las pruebas y de permanecer firmes en el camino del amor.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven médico compartió una vez que, al comenzar su servicio en una zona rural muy aislada, se encontró con

grandes dificultades. Había pocos recursos, largas jornadas de trabajo y muchas situaciones que parecían superar sus capacidades. En más de una ocasión pensó en abandonar aquel lugar y buscar un destino más cómodo. Sin embargo, algo en su interior le decía que permaneciera. Años después confesó que fue precisamente allí donde descubrió el verdadero significado de servir a los demás. “Muchas veces quise marcharme”, decía, “pero sentía que debía continuar”.

En el Evangelio de hoy, Jesús se enfrenta a un momento parecido. Le advierten que Herodes quiere matarlo. Habría sido razonable —e incluso prudente— cambiar de rumbo y buscar un camino más seguro. Sin embargo, Jesús responde con una claridad impresionante: «Hoy, mañana y pasado mañana debo seguir mi camino.» Sabe que su camino conduce a Jerusalén, el lugar del rechazo y del sufrimiento, y aun así no se desvía.

Hay algo profundamente humano y profundamente divino en esta determinación. Jesús no actúa por terquedad, sino

por fidelidad: fidelidad a la voluntad del Padre y a su misión de amor. Aunque el camino sea difícil y el peligro esté cerca, continúa avanzando.

Al mismo tiempo, escuchamos su conmovedora lamentación sobre Jerusalén: «¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos... como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no habéis querido!» Aquí encontramos no solo determinación, sino también un profundo anhelo. No solo firmeza, sino un amor que sufre cuando es rechazado.

La imagen de la gallina que reúne a sus polluelos es realmente conmovedora. Es una imagen de ternura, protección y cuidado. Jesús nos revela un corazón que desea cercanía, intimidad y comunión. No obliga; invita. No fuerza; llama con amor. Sin embargo, ese amor puede encontrar resistencia.

Y ahí es donde muchas veces nos encontramos nosotros. Sabemos, al menos en parte, lo que Dios nos está pidiendo: perdonar, perseverar, dejar atrás ciertas cosas,

dar un paso adelante. Pero dudamos. Buscamos caminos más fáciles. Nos resistimos a dejarnos reunir bajo sus alas porque confiar tiene un precio.

San Pablo, en la primera lectura, nos recuerda que no podemos recorrer este camino solo con nuestras propias fuerzas. Necesitamos la gracia de Dios, la fe, la oración y su Palabra. De manera especial, necesitamos la oración. Es en la oración donde recibimos la fuerza para decir, como Jesús: «Debo seguir adelante.»

Sin esa fuerza, terminamos cediendo al miedo o dejándonos vencer por el cansancio. Pero cuando permitimos que Dios nos fortalezca, algo cambia dentro de nosotros. El camino puede no hacerse más fácil, pero nosotros nos volvemos más firmes.

Seguir adelante como Jesús no significa simplemente soportar las dificultades; significa permanecer arraigados en el amor. Significa confiar en que, aun cuando enfrentemos rechazo o sufrimiento, nada podrá separarnos del amor de Dios. Significa permitir que él nos

reúna bajo sus alas mientras seguimos recorriendo el camino que tenemos delante.

Existe una historia muy conocida de un granjero que, después de que un incendio arrasara sus campos, encontró entre las cenizas el cuerpo carbonizado de una gallina. Al moverlo cuidadosamente, descubrió varios polluelos vivos escondidos bajo sus alas. En sus últimos momentos, la madre los había reunido y protegido del fuego. Ella murió, pero sus pequeños vivieron porque permanecieron bajo su protección.

Esa imagen da vida al Evangelio de hoy. Cristo continúa reuniéndonos, incluso a costa de sí mismo. La cuestión no es si él desea acogernos, porque ciertamente lo desea. La verdadera pregunta es si nosotros estamos dispuestos a refugiarnos bajo sus alas y, fortalecidos por ese amor, seguir adelante hoy, mañana y pasado mañana.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que, confiando en el Señor que nos reúne bajo sus alas y nos fortalece para perseverar en la fe,
nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta estos dones que colocamos sobre tu altar
y, por medio de esta ofrenda sagrada,
 fortalécenos para recorrer fielmente el camino de tu Hijo,
de modo que, protegidos por tu misericordia y sostenidos
por tu gracia, perseveremos en el amor y en la esperanza.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque, en tu misericordia, enviaste a tu Hijo entre nosotros para recorrer el camino de la fragilidad y del temor humanos, y, sin embargo, no se apartó del sufrimiento ni del rechazo.

Fiel a tu voluntad, continuó firmemente hasta cumplir su misión, revelando la fuerza del amor perfecto.

En él contemplamos también tu tierna compasión, porque, como una madre que reúne a sus hijos bajo sus alas, él nos atrae hacia sí, nos protege en las pruebas y nos fortalece para perseverar en la fe.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria diciendo:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, fortalecidos por tu misericordia y protegidos bajo tus alas salvadoras, perseveremos fielmente en medio de toda prueba y temor, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que permaneciste fiel a la voluntad del Padre incluso ante el rechazo y el sufrimiento, y que continúas reuniendo a tu pueblo en la paz de tu amor, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que nos reúne bajo el refugio de su misericordia y nos
fortalece para el camino de la fe.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tú no nos abandonas cuando el camino se
vuelve difícil.

Sigues llamándonos a estar cerca de ti, a refugiarnos bajo
tus alas y a fortalecernos con tu presencia.

Enséñanos a confiar más profundamente en ti.

Cuando el miedo nos tienta a volver atrás,
danos el valor para seguir adelante.

Cuando nos sintamos cansados,
renuévanos con tu gracia.

Y que permanezcamos siempre cerca de tu corazón,
que desea reunirnos en su amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios,
te pedimos, Señor,
que, fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
perseveremos fielmente en el camino que has puesto
delante de nosotros
y permanezcamos siempre bajo el amparo de tu amorosa
protección. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los fortalezca
para continuar fielmente por el camino al que los llama.
Amén.

Que los cobije bajo las alas de su misericordia
y los proteja en toda prueba y en todo temor. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una confianza firme en su amor y perseverando fielmente hoy, mañana y pasado mañana.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cristo no promete un camino fácil, pero nunca nos deja recorrerlo solos. Bajo el refugio de sus alas recibimos la fuerza para seguir adelante: hoy, mañana y pasado mañana.

30 de octubre de 2026 – Viernes de la 30.^a Semana del Tiempo Ordinario

Flp 1,12–18a; Lc 14,1–6

Ver con el corazón de Cristo

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un maestro que un día observó a un alumno que siempre se sentaba en silencio al fondo del salón. Estaba atento a cada lección, pero nunca participaba. Un día, en lugar de llamar a los estudiantes que levantaban la mano con entusiasmo, el maestro invitó con amabilidad a aquel joven callado a expresar su opinión. Al principio dudó, pero finalmente compartió una reflexión profunda y llena de sabiduría. Al terminar la clase, el maestro le dijo: “He estado observándote, no para ponerte a prueba, sino porque sabía que había algo hermoso dentro de ti que merecía ser escuchado”.

Todos sabemos lo que significa sentirnos observados. A veces esa mirada nos anima y nos fortalece, como la atención afectuosa de aquel maestro. Pero otras veces

puede sentirse como una vigilancia constante, como ojos que esperan que cometamos un error, que fallemos o que no estemos a la altura. El mismo acto de “observar” puede nacer del amor o del juicio.

En el Evangelio de hoy encontramos personas que también estaban observando atentamente. Pero su mirada no era como la del maestro. No buscaban comprender ni apoyar; buscaban tender una trampa. Sin embargo, en medio de aquel ambiente tenso y vigilante, Jesús mira de manera diferente. Él no busca defectos, sino necesidades; no busca fracasos, sino oportunidades para amar.

Al reunirnos hoy para celebrar la Eucaristía, podemos preguntarnos: ¿cómo vemos a los demás? ¿Con sospecha, comparación o indiferencia? ¿O con compasión? Reconociendo que muchas veces nuestra manera de mirar no ha reflejado el corazón de Cristo, acudamos ahora al Señor para pedirle misericordia y sanación.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú miraste con compasión a los que sufrían y a los olvidados, y les devolviste su dignidad:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñaste que el amor es más grande que una observancia fría y que el miedo:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a mirar a los demás con tu corazón misericordioso y a responder con valentía:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso abra nuestros ojos a las necesidades de nuestros hermanos y hermanas, sane la dureza de nuestro corazón, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuyo Hijo amado miró con compasión a quienes sufrían y reveló que la verdadera santidad se encuentra en el amor misericordioso, enséñanos a ver a los demás con el corazón de Cristo, para que respondamos generosamente a quienes están necesitados y lleguemos a ser testigos de tu presencia sanadora en el mundo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre mayor viajaba diariamente en autobús para acudir a sus citas médicas. Muchos pasajeros lo veían subir lentamente con la ayuda de un bastón. Lo observaban, pero pocos le dirigían una palabra. Un día, una joven se levantó de su asiento, lo ayudó a sentarse y comenzó a conversar con él durante el trayecto. Al llegar a su destino, el anciano le dijo con una sonrisa: “Gracias. Hoy no solo me ayudaste a sentarme; me hiciste sentir que alguien me veía de verdad”. La diferencia no estuvo

en lo que los demás vieron, sino en cómo lo vieron.

En el Evangelio de hoy, muchos observaban atentamente a Jesús. Pero su manera de observar no nacía de la compasión, sino de la sospecha. La presencia del hombre enfermo de hidropesía no era casualidad; había sido colocado allí casi como una prueba, una trampa. Para aquellos líderes religiosos, no era una persona necesitada, sino un medio para alcanzar un objetivo.

Jesús, sin embargo, ve de una manera completamente distinta. Donde otros ven un problema legal, Él ve a un ser humano que sufre. Donde otros ven una oportunidad para acusar, Él ve una oportunidad para amar. Y sin vacilar, extiende su mano, sana al hombre y le devuelve su dignidad. En ese gesto sencillo y profundo, Jesús nos revela el corazón de Dios, un Dios que nunca pone las normas por encima del amor.

Este contraste es muy significativo. Los líderes religiosos conocían la ley, pero no lograban ver a la persona. Jesús cumple la ley precisamente porque ve a la persona. Nos enseña que la verdadera religión no consiste en una

observancia rígida separada de la vida, sino en un amor que devuelve la vida y restaura a quienes sufren.

San Pablo, en la primera lectura, nos ofrece otro ejemplo de este mismo espíritu. Aunque está encadenado y no sabe qué le deparará el futuro, no se encierra en sí mismo. Al contrario, se alegra porque Cristo está siendo anunciado. Su principal preocupación no es su propio sufrimiento, sino la difusión del Evangelio. Como Jesús, Pablo vive orientado hacia los demás.

Tanto Jesús como Pablo nos desafían a superar una visión estrecha y centrada en nosotros mismos. Es fácil volvernos cautelosos, proteger nuestra comodidad o medirlo todo según reglas y conveniencias personales. Pero el Evangelio nos llama a algo más grande: a ver como Cristo ve y a actuar como Cristo actúa, incluso cuando ello exige sacrificio.

Muchas veces podemos reconocernos entre aquellos que observan desde lejos. Vemos a alguien que lucha con sus problemas, a una persona excluida o a alguien que sufre en silencio, pero dudamos. Esperamos. Analizamos. Y

mientras tanto, la oportunidad de amar pasa de largo.

Sin embargo, el Señor nos invita a una manera diferente de mirar. Nos invita a observar con compasión, a responder con valentía y a valorar a las personas más que los procedimientos. El sábado fue hecho para la vida, y también cada momento que Dios nos concede.

Una enfermera contó que durante un turno especialmente agotador notó que un paciente anciano no había recibido ninguna visita. Aunque tenía mucho trabajo, decidió sentarse unos minutos junto a él, tomar su mano y escucharlo. Más tarde, el paciente le dijo: “Hoy fue la primera vez que me sentí tratado como una persona y no simplemente como un caso médico”. En un mundo donde con frecuencia se observa sin realmente ver, aquel gesto sencillo se convirtió en un momento de sanación.

Que aprendamos a ver con el corazón de Cristo: a mirar más allá de las apariencias, más allá de las normas y más allá de nosotros mismos, para descubrir en cada persona una oportunidad para amar.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, aprendiendo a ver a los demás con el corazón compasivo de Cristo, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que presentamos ante ti, y por medio de esta santa ofrenda enséñanos a poner la misericordia antes que el juicio y el amor antes que el interés personal, para que nuestra vida refleje la compasión de tu Hijo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu Hijo Jesucristo nos revelaste la ternura de tu corazón.

Él miró a los que sufrían no con indiferencia, sino con compasión, y mostró que la verdadera grandeza se encuentra en el amor que restaura y sana.

Cuando otros veían solamente normas y limitaciones, Él veía personas que anhelaban dignidad y vida.

Con sus palabras y sus acciones nos enseñó a reconocer a cada ser humano como digno de cuidado, atención y misericordia.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre: para que aprendamos a ver y amar con el corazón compasivo de Cristo.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y especialmente de la ceguera que nos mantiene alejados del sufrimiento de nuestros hermanos.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación, mientras esperamos la gloriosa Venida de
nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú miraste con compasión a los débiles y
a los que sufrían, y llevaste sanación y paz dondequiera
que ibas.

Enséñanos a mirarnos unos a otros con tu corazón
misericordioso, para que las divisiones sean sanadas y la
caridad florezca entre nosotros, tú que vives y reinas por
los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que conoce nuestras necesidades más profundas y nos
sana con su misericordia.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tú no permaneciste distante ante el
sufrimiento humano, sino que te acercaste con compasión
y sanación.

Abre nuestros ojos para reconocer a quienes se sienten
olvidados, excluidos o invisibles.

Que esta Eucaristía nos enseñe a mirar a los demás no
como cargas o interrupciones,
sino como hermanos y hermanas amados por ti.

Ayúdanos a ver con tu corazón y a amar con tu valentía.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor,
que alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
seamos más atentos a las necesidades de los demás
y más fieles en las obras de misericordia, para que la
compasión de Cristo brille a través de nuestra vida.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con ojos capaces de reconocer el sufrimiento de los demás,
con corazones movidos por la compasión,
y con valentía para responder con amor.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al reconocer y servir a Cristo en las personas que los rodean.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La diferencia entre simplemente observar y realmente ver es la compasión.
Ver con el corazón de Cristo significa reconocer en cada persona, no un problema que resolver, sino una oportunidad para amar.

31 de octubre de 2026 – Sábado de la 30.^a Semana del Tiempo Ordinario

Flp 1,18b–26; Lc 14,1.7–11

“El camino para subir es el camino para bajar.”

INTRODUCCIÓN

Un joven profesional asistió una vez a una prestigiosa ceremonia de premiación. Mientras los invitados entraban en el gran salón, se percibía una discreta pero evidente competencia: muchos procuraban ubicarse cerca de las mesas principales, junto al escenario, donde pudieran ser vistos. Sin embargo, un hombre permaneció al fondo, saludando al personal de servicio, ayudando a una anciana a encontrar su asiento y, finalmente, ocupando un lugar lejos de los reflectores. Cuando comenzó la ceremonia, resultó que él era el principal homenajeado de la noche. Para sorpresa de todos, llamaron su nombre y tuvo que caminar desde la última fila hasta el frente, recibiendo no solo el premio, sino también una ovación de pie que se sentía sincera y merecida.
Esa escena refleja algo profundamente humano: nuestro

deseo de ser vistos, valorados y honrados. Ya sea de manera evidente o sutil, muchas veces buscamos reconocimiento: en nuestro trabajo, en nuestras familias e incluso dentro de nuestras comunidades de fe. Esto no siempre es malo, pero puede influir silenciosamente en nuestra forma de actuar y en la manera en que vemos a los demás.

En el Evangelio de hoy, Jesús observa una dinámica semejante durante un banquete. Los invitados escogen cuidadosamente los puestos de honor, procurando obtener reconocimiento ante los ojos de los demás. En medio de aquella situación cotidiana, Jesús proclama una verdad que pone de cabeza las expectativas humanas.

Al reunirnos ahora para celebrar la Eucaristía, preguntémonos: ¿cuántas veces buscamos el “mejor asiento”, no solo en una mesa, sino también en la vida? ¿Cuántas veces actuamos para recibir reconocimiento en lugar de hacerlo por amor? Con corazones humildes, reconozcamos nuestra necesidad de la misericordia de Dios y acerquémonos a Él en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú escogiste el camino de la humildad y del servicio antes que los honores de este mundo.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos enseñas que quien se humilla será enaltecido. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú ves los actos ocultos de amor que el mundo con frecuencia pasa por alto. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos perdone las veces en que hemos buscado nuestra propia gloria más que su voluntad, los momentos en que hemos deseado más el reconocimiento que el servicio amoroso, y las ocasiones en que no hemos seguido el camino humilde de Cristo; perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno,
enséñanos la humilde sabiduría de tu Hijo,
que se despojó de sí mismo y tomó la condición de siervo,
para que, buscando no los honores terrenales sino el amor
fiel, seamos elevados por tu gracia
y lleguemos a participar de la gloria de tu Reino.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de una pequeña aldea donde se esperaba la visita de una persona muy importante. Los habitantes prepararon una gran recepción y reservaron los mejores asientos para las personas más destacadas del lugar. Mientras todos estaban ocupados con los preparativos, un anciano jardinero trabajaba silenciosamente arreglando los caminos y cuidando las flores para que todo estuviera hermoso. Cuando llegó el visitante, en lugar de dirigirse a los lugares de honor, fue

directamente hacia aquel hombre sencillo, le agradeció su trabajo silencioso y lo invitó a sentarse a su lado. En ese momento, el honor encontró a quien nunca lo había buscado.

En el Evangelio de hoy, Jesús observa a los invitados escogiendo los puestos de honor durante una comida. Es una escena muy común y corriente, pero Jesús la utiliza para revelar algo profundo acerca del corazón humano. El deseo de elevarnos, de ser vistos y reconocidos, está muy arraigado en nosotros. En la cultura de su tiempo, el honor tenía una enorme importancia. Sin embargo, en lugar de confirmar aquel sistema, Jesús lo cuestiona con delicadeza y lo transforma.

Cuenta una parábola: no ocupes el primer lugar, porque quizá te pidan que lo cedas y tengas que bajar con vergüenza. Más bien, ocupa el último lugar, para que luego te inviten a subir. A primera vista, esto podría parecer simplemente una lección de buena educación.

Pero Jesús no está enseñando únicamente normas de cortesía; está revelando la lógica del Reino de Dios.

«Todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido». Esto no es solamente un principio moral; es el modelo mismo de la vida de Jesús. Como nos recuerda san Pablo en la carta a los Filipenses, Cristo se despojó de sí mismo, tomó la condición de siervo y se humilló hasta aceptar la muerte de cruz. La cruz, que para los hombres era el lugar de la máxima humillación, se convirtió en los ojos de Dios en el lugar de la máxima glorificación.

Esto cambia por completo nuestra manera habitual de pensar. Con frecuencia suponemos que para progresar debemos imponernos, promocionarnos y asegurar nuestra posición. Pero Jesús nos muestra otro camino: el camino del amor que se entrega, del servicio sin esperar recompensa, de dar en lugar de aferrarse.

Humillarse no significa negar nuestro valor ni esconder los dones que Dios nos ha dado. Significa poner esos dones

al servicio de los demás en vez de utilizarlos para engrandecernos. Significa permitir que Dios sea verdaderamente Dios en nuestra vida, en lugar de insistir constantemente en nuestra propia importancia.

Los invitados del banquete estaban concentrados en recibir: recibir reconocimiento, prestigio y honor. Jesús invita a sus discípulos a concentrarse en dar: dar tiempo, atención, cuidado y amor. Cuando vivimos de esta manera, tal vez no siempre seamos reconocidos ni apreciados. Incluso puede suceder que seamos ignorados. Pero Jesús nos asegura que una vida así nunca se pierde, porque Dios ve lo que otros no ven.

El honor que viene de las personas suele ser pasajero. Depende de opiniones, circunstancias y del paso del tiempo. Pero el honor que viene de Dios permanece para siempre. Es la silenciosa aprobación de una vida vivida en el amor, una vida configurada con Cristo. Tal vez ahora no se manifieste plenamente, pero será revelado en el momento que Dios disponga.

Podemos pensar en los innumerables actos ocultos de servicio que sostienen nuestro mundo: los padres que se sacrifican silenciosamente por sus hijos; el trabajador que cumple fielmente su tarea sin recibir reconocimiento; la persona que perdona cuando resulta difícil hacerlo; quien elige la bondad cuando nadie lo está observando. Estas son las vidas que reflejan el corazón de Cristo.

Por eso, el Evangelio nos desafía con suavidad, pero también con firmeza: ¿dónde buscamos nuestro lugar? ¿En el centro de la atención o en el lugar del servicio? ¿Nos esforzamos por ser vistos o estamos dispuestos a amar sin ser reconocidos? En el Reino de Dios, el camino para subir es realmente el camino para bajar.

Existe también la historia de un monasterio donde llegó un joven monje lleno de entusiasmo. Esperaba recibir responsabilidades importantes, quizá dedicarse a la enseñanza o desempeñar alguna función de liderazgo. Sin embargo, el abad lo destinó a la cocina para lavar platos día tras día. Al principio se sintió decepcionado e incluso

resentido. Pero con el paso del tiempo comenzó a fijarse en los rostros de quienes servía, a orar mientras trabajaba y a descubrir la alegría de los pequeños actos de amor ocultos. Muchos años después, cuando fue elegido superior de la comunidad, dijo: «Aprendí todo lo que necesitaba saber sobre Dios junto al fregadero». Al renunciar al lugar de honor que esperaba, encontró el lugar donde Dios podía realmente elevarlo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que, siguiendo a Cristo, que eligió el camino del servicio humilde, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que presentamos ante Ti y libera nuestro corazón del deseo de honores vacíos, para que, a ejemplo de Cristo, tu Hijo, aprendamos la alegría del servicio humilde y generoso. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, nuestro Señor.
Porque Él nos mostró el verdadero camino hacia la
grandeza, no por medio del poder o del prestigio,
sino mediante la humildad, la compasión y el amor que se
entrega.

Él ocupó el último lugar entre nosotros, lavó los pies de
sus discípulos y ofreció su vida en la cruz,
para que quienes se humillan por amor
sean elevados por tu gracia salvadora.

Por Él, las obras ocultas de bondad,
los silenciosos sacrificios de los corazones fieles
y los actos de misericordia que nadie nota
se vuelven preciosos ante tus ojos.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,

y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:
Padre nuestro...

Pidiendo corazones suficientemente humildes para servir
y confiando en que el Padre exalta a quienes caminan en
el amor.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y líbranos también del
orgullo que busca honores ante los demás.

Concédenos la gracia de seguir el camino humilde de
Cristo, sirviendo con fidelidad incluso cuando nadie nos
vea ni nos reconozca, mientras esperamos la gloriosa
Venida de nuestro Salvador Jesucristo.

Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre,
Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú nos enseñaste que la verdadera grandeza se encuentra en el servicio humilde y que la paz nace de corazones libres del orgullo y de la ambición egoísta.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra concédele la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que se humilló para compartir nuestra condición humana
y fue exaltado por el Padre mediante la gloria de la cruz.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, Tú elegiste el último lugar
y lo transformaste en lugar de gracia.
Enséñanos a encontrar la alegría no en recibir elogios,
sino en amar con fidelidad y servir en silencio.

Que esta Eucaristía nos fortalezca
para recorrer el camino humilde
que conduce a la verdadera vida en Ti.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con este santo Sacramento, te pedimos,
Señor, enséñanos a vivir con el corazón humilde de Cristo,
para que, buscando no nuestra propia gloria sino el bien
de los demás, demos testimonio de la fuerza silenciosa de
tu amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con la humildad de Cristo,
con la alegría del servicio oculto
y con la paz que nace de buscar la voluntad de Dios por
encima de todas las cosas.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con corazones humildes y generosos al servicio de los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«El honor que permanece no es el aplauso del mundo, sino la silenciosa aprobación de Dios. En el Reino de Dios, el camino para subir siempre es el camino para bajar: el camino del amor humilde y del servicio oculto.»